

Sin derecho a techo

El autor, profesor universitario y teórico de los medios de comunicación, critica el desconocimiento de la juventud que predomina en el análisis de los grandes medios.

VÍCTOR F. SAMPEDRO BLANCO

Una vez más, las multitudes se autoconvocan. Ahora por el derecho a techo. ¿Quién está detrás?, preguntaba el periodista. La ciudadanía: una marioneta inerte. Sólo importa quién la maneja. No lo encontró el reportero. Ni consideró relevante que 1.000 jóvenes fuesen apaleados por tercera semana consecutiva. No escribió la crónica.

Espontánea o manipulada: los dos únicos adjetivos de la cibermultitud. Los ciudadanos-champiñón brotan como esporas que reúne el viento o son los peles de un maquiavélico tejemaneje. ¿Espontáneo algo que sucede cuatro domingos seguidos? ¿Manifestaciones partidarias que denuncian el fondo de reptiles del que beben casi todos los políticos? Ni idea de por dónde sopla el viento. No entienden la oportunidad política, cuánto de oportuna es la tecnopolítica en manos de la ciudadanía. O no quieren escuchar... por eso reprimen con porras y silencio. Lógico: cuando los ciudadanos se autoconvocan ante los uniformados por una causa colectiva; ante todo, denuncian su invisibilidad mediática y su irrelevancia en los programas electorales.

¿Quién está detrás? O ¿qué tenemos delante? La misma respuesta, porque los vientos de la movilización pueden acabar en tornado. El revulsivo democrático del 13-M fue desactivado por los mismos tertulianos deslumbrados con los coches antorcha de las cités y el florecer indignado de los precarios en otro supuesto mayo francés. “Así, así, en Madrid como en París” se coreaba en la primera concentración por la vivienda.

¿No está claro aún? Mientras los ‘analistas’ certificaban el fracaso del modelo laboral francés, al menos debatían sobre él. A muchos jóvenes de aquí les resultaba evidente que o quemaban unos cuantos autos y ETT o nadie señalaría que la ley francesa se nos aplica desde hace una década y que, en otra cosa no, pero en paro y precariedad superamos con creces a los gabachos. Bueno, en el botellón tampoco tenemos rival.

Diagnósticos paternalistas Lo decían los tribunos a sueldo. Durante una semana convocaron la competición localista, a ver quién se llevaba el palmarés de la dipsomanía callejera. Con retransmisiones en directo certificaron que en Granada había más beodos que en Sevilla; o viceversa, ya no recuerdo. Porque luego vinieron cientos de diagnósticos paternalistas sobre el alcoholismo juvenil de fin de semana y otros tantos patriotas del “aquí sí sabemos beber”. Resulta que ahora los jóvenes se concentran en las plazas y les reciben ‘con talante’: a palos y con silencio.

Más oportunos que nunca, piden techo tras la 'tercera reforma fiscal del PP' y la última reforma laboral de los de siempre. Justo cuando ZP abraza los aliados 'naturales' del PSOE, también los de siempre. Sin un sólo cóctel (ni siquiera molotov) se está denunciando domingo a domingo que (por ejemplo) Madrid, ciudad y Comunidad, pertenecen al ladrillismo. El que ganó dos veces las últimas elecciones autonómicas, el que nos hipoteca la vida. Día a día, entre socavones; año a año, entre letras de banco.